

Núm. Orden: 0093

Título: “El destino del fútbol ante la crisis del Estado-nación”

Autores: Ramón Llopis Goig y David Llopis Goig

Procedencia: Universidad de Valencia

Correo: ramon.llopis@uv.es

Procedencia: INFES-Merton

Correo: david-llopis@terra.es

Introducción.

La difusión del fútbol ha estado relacionada con el auge y desarrollo de la fórmula de organización política propia de la modernidad, esto es, el estado-nación.

Esta coyuntura ha permitido una fusión de nacionalismo y fútbol que ha sido rentabilizada fundamentalmente por dos actores sociales, los medios de comunicación de masas que lograban audiencias desorbitadas en la retransmisión de los encuentros de las selecciones nacionales de fútbol, y la clase política que capitalizaba su potencial simbólico a partir del simulacro de la participación de la afición en los encuentros internacionales de las selecciones nacionales de fútbol.

En la última década, sin embargo, el estado-nación ha visto mermadas las lealtades políticas de la ciudadanía con el florecimiento de nuevas identidades subestatales, transestatales y supranacionales; identidades estas activadas y desarrolladas por el fenómeno de la globalización. Esa nueva dinámica de las identidades culturales ha debilitado el encaje entre fútbol y nacionalismo.

En este trabajo mostramos como la globalización está generando un cambio en los esquemas de su organización. Dos ejemplos que desarrollamos en nuestro trabajo son la reciente celebración de la Primera Copa Mundial de Clubes en enero de 2001, en Sao Paulo y Río de Janeiro, y la aparición de nuevas selecciones nacionales de fútbol en Europa y en diversas comunidades autónomas del estado español.

Modernidad, proceso de civilización, estado-nación y fútbol.

Uno de los más destacados sociólogos del siglo XX, Norbert Elias, dedicó buena parte de su tiempo a la investigación sobre el fútbol, señalando el paralelismo existente entre la formación de los estados nacionales y la aparición de este deporte (1986: 33). Elias mostró como, a partir del siglo XVI, la formación de los estados, y en particular el sometimiento de las clases guerreras a un control más estricto, así como el agrupamiento de los nobles en las cortes de los países del continente europeo, está relacionado con el cambio en el código sentimental y de la conducta, en el sentido que la reglamentación sobre el mismo se tornaba más estricta y también más equilibrada y moderada. La expresión que albergó este cambio fue “civismo” que luego dio lugar al término civilización. Las investigaciones de Elias sobre el fútbol demuestran como las dos ramas de las que nace éste en el siglo XIX, esto es, el soccer y el rugby, registraron una evolución global del código de conducta y sentimientos en la misma dirección, amén de un aumento de la sensibilidad en lo que se refiere a la violencia. Veamos, pues, con más detalle, la emergencia del estado-nación y la relación con el fútbol.

La emergencia del estado-nación.

La Europa moderna creó la entidad política del estado. Hasta ese momento, las formas de organización política habían sido las ciudades, los reinos feudales y los imperios. Durante los siglos XIV a XVI se superó el modelo feudal, con la lenta adquisición de poderes únicos y centrales por parte de las monarquías.

Hasta la revolución francesa y la independencia estadounidense, los estados se legitimaron en los derechos dinásticos de las monarquías. Sin embargo, a partir del siglo XVII, todo poder obtendrá su legitimación de la nación y las nociones de democracia y soberanía popular acaban siendo el sostén del nuevo Estado-nación.

Tras una larga fase en la que el nacionalismo desempeñó el papel de herramienta revolucionaria, tras las revoluciones de 1848, y sobre todo, después de la unificación de Italia y Alemania, fue instrumentalizado para consolidar los estados liberales decimonónicos. Esas prácticas llevadas a cabo por la administración central se denominaron nacionalismo de estado.

El Estado-nación como entidad extremadamente compleja por sus componentes políticos, sociales, culturales, económicos, territoriales, históricos y religiosos, hizo difícil la construcción nacional de los estados y requirió de programas de nacionalización que vertebraran, territorial y socialmente, el desarrollo de la conciencia nacional. Entre los medios de nacionalización más significativos, de los que se sirvió el estado-nación se encontraban la administración, el funcionariado, la policía, el ejército, el sistema educativo, la economía nacional, las comunicaciones, la política exterior y el desarrollo de un complejo sistema de identificadores, entre los cuales el fútbol, y el deporte en general, iban a desempeñar un importante papel.

Estos identificadores, atendiendo a su naturaleza y su capacidad de interiorizar la idea de nación en la población, se pueden dividir en tres grupos (Sepúlveda, 1997: 27): Identificadores simbólicos: aquellos que proyectan una imagen de la colectividad inmediatamente reconocible, como por ejemplo, la bandera, el escudo, el himno. Identificadores míticos: elementos fundamentales para basar la proyección intemporal de la nación, buscando en el pasado, referentes sobre el origen o la persistencia de la identidad nacional. Por último, identificadores rituales: que promueven una socialización de la identidad colectiva incluso más allá de los márgenes abarcados por esa comunidad y entre los cuales cabe citar las celebraciones sociales y culturales, las fiestas y los deportes, entre los cuales descuella el fútbol.

En relación con lo anterior, Hobsbawm (1990: 152-3) ha sugerido que lo que ha hecho del fútbol un medio tan singularmente eficaz para inculcar sentimientos nacionales, es la facilidad con que los individuos pueden identificarse con la nación *“tal como la simbolizan unas personas jóvenes que hacen de modo estupendo lo que prácticamente todo hombre quiere o ha querido hacer bien alguna vez en la vida”*. La comunidad imaginada (Anderson, 1996) de millones de seres parece más real bajo la forma de un equipo de once personas cuyo nombre conocemos.

Una buena prueba de lo dicho anteriormente la constituyen las declaraciones al *Herald Tribune* en 1995, del secretario general de la Federación Armenia de Fútbol, Pavel Katchatrian: *“Después de todo lo que ha pasado, la pérdida de tantas casas y vidas, los hombres en los vestuarios tienen la posibilidad de ser un país”*.

El papel del fútbol en la construcción de los estados nacionales.

Como ha señalado el historiador británico E. J. Hobsbawm (1990: 151), el fútbol, tras el periodo entre las dos guerras mundiales, llegó a convertirse en un espectáculo de masas en el que se enfrentaban personas y equipos que simbolizaban estados-nación.

Hasta ese momento, los partidos internacionales de fútbol habían interesado a un público de clase media y se habían instituido con el objeto de integrar a los componentes nacionales de los estados multinacionales. En ese sentido, la rivalidad amistosa entre las naciones de un mismo estado, simbolizaba la unidad del estado y los encuentros regulares suponían la institucionalización de una válvula de escape, necesaria para mitigar tensiones de grupo a través de contiendas simbólicas.

Los primeros encuentros futbolísticos internacionales organizados en el continente europeo son una buena muestra de ese factor de disipación de tensiones. Sin embargo, tras el periodo entre guerras se convierten en una expresión de lucha nacional, y los deportistas que representaban a su nación o estado, *“en expresiones primarias de sus comunidades imaginadas”* (Hobsbawm, 1989).

Como afirman García Ferrando, Lagardera y Puig (1998: 81), el encuentro futbolístico no admite la imparcialidad y la identificación, generalmente, se produce a través de sentimientos de fuerte arraigo como la nacionalidad. A través del acto futbolístico se estaría poniendo en marcha un proceso comunicativo mediante el cual se trasfiere identidad. Expresiones tan habituales como *“hemos ganado”* denotan la intensidad de la vivencia identificativa.

Fútbol y nacionalismo.

El ensamblaje entre fútbol y nacionalismo se observa fácilmente si prestamos atención al marco en que, desde un principio, se organizó el fútbol: la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA). La FIFA nació en 1904, en un momento de apogeo nacionalista en Europa y, también desde el principio, se organizó como una institución con carácter internacional que agrupaba expresamente a federaciones nacionales, y no a estados-nacionales. Así las cosas, mientras la Organización de Naciones Unidas (ONU) tiene 186 miembros, la FIFA cuenta con 198, entre los que se incluyen Irlanda del Norte, Escocia, Inglaterra y el país de Gales: unidos como estado en la ONU, pero nacionalmente separados para la FIFA.

Al margen de homogeneizar, promover y regular la práctica del fútbol a escala mundial, la función más importante de la FIFA ha sido organizar competiciones deportivas internacionales, entre las cuales son fundamentales los encuentros entre selecciones nacionales. Aún hoy, la FIFA exige que las selecciones estén configuradas por jugadores con la correspondiente nacionalidad e impide que un jugador, aún habiendo cambiado su nacionalidad, pueda participar, en distintos momentos de su vida, en más de una selección.

No es casual que entre las primeras manifestaciones de voluntad de los nuevos estados independientes conste la demanda de adhesión a la FIFA, casi con la misma naturalidad con que se solicita la adhesión a la ONU. Cuando, en diciembre de 1995, la selección palestina se enfrentó al equipo Variété Football-club Francés, a los ojos de los palestinos aquello aparecía como un paso más en la larga ruta que les conduciría a la independencia tras una cadena interminable de sucesivos reconocimientos. La independencia nacional, sugiere Boniface, se alcanzaría, a la vez, por la posibilidad de defender las fronteras, establecer una moneda y disputar pruebas internacionales de fútbol (1998).

En la mayor parte de países de América latina y Europa, con el paso del tiempo, el fútbol adquirió el carácter de una tradición nacional, lo que convertía a los encuentros de su selección nacional en acontecimientos simbólicos de profundas implicaciones geopolíticas. En ocasiones, se le consideraba como una guerra ritual entre naciones.

El fútbol, tras ser apropiado como tradición, se convertiría en un elemento útil para estimular la integración simbólica nacional para la conformación de las identidades a la base de esas comunidades imaginadas que son las naciones (Anderson, 1996).

En los estados jóvenes, donde el sentimiento nacional es frágil o se siente amenazado, la consolidación del mismo ha encontrado una gran ayuda en el fútbol, capaz, en muchas ocasiones, de vertebrar a una comunidad traumatizada. En este contexto, Boniface ha recordado algunas muestras muy recientes. Una de ellas es la protagonizada por el presidente croata Franjo Tudjman, quien pidió el club Dínamo de Zagreb que abandonara su nombre histórico para tomar el de Croacia. En apoyo de esta petición adujo que ello contribuiría a la afirmación de Croacia, puesto que, para el mundo occidental, el nombre Dínamo implicaba que los habitantes de ese país aún no se habían liberado de la herencia bolchevique y balcánica.

En ese proceso de vinculación del fútbol a la construcción del estado-nación, una profesión ha desempeñado un papel esencial: los periodistas futbolísticos. Como ha señalado Villena (2000) refiriéndose al ámbito latinoamericano, estos profesionales, organizados con patrones nacionales, a menudo han actuado como adalides del nacionalismo, *“haciendo público un discurso épico que fusiona los ideales caballerescos del amateurismo aristocrático con la retórica del sacrificio desinteresado por la patria, así como elaborando narrativas acerca de cómo los rasgos culturales considerados el núcleo de la identidad nacional toman cuerpo en el estilo nacional de jugar al fútbol”*.

Merced, pues, a los medios de comunicación, el fútbol como espectáculo de masas, se constituyó en una esfera pública ritualizada, en la que se generaban representaciones acerca de lo nacional. La fusión de nacionalismo y fútbol en la industria de comunicación de masas permitía a los medios de comunicación aumentar su audiencia, a los patrocinadores incrementar sus ventas y a los políticos institucionalizar el simulacro de la participación en la consigna del jugador número 12¹.

Globalización y crisis del estado-nación.

En la actualidad, el marco westfaliano en el que se desarrollaron los estados-nación y en el que, como hemos visto, el fútbol jugó un importante papel de identificador ritual, se desmorona, como consecuencia de la fuerza cobrada por el fenómeno de la globalización. Tras la caída del muro de Berlín, la economía, la política y la cultura adquieren nuevas dimensiones internacionales. A principios de los ochenta se fragua la desaparición de las fronteras económicas (merced al empuje de las corporaciones transnacionales), la moneda nacional va perdiendo su estatus de encarnación de la soberanía y deviene, poco a poco, un activo representativo de la riqueza del país. Una década más tarde se acelera la unificación del espacio económico mundial, basándose en la volatilidad de los movimientos de capitales y en la revolución informática.

¹ Como ha señalado Sergio Villena, auténtico equivalente deportivo del "soldado desconocido".

La guerra fría había terminado en 1989. Desde entonces Estados Unidos acepta la entrada en la OTAN de los antiguos miembros del Pacto de Varsovia e impulsan, por medio del FMI, una rápida transición de la Federación Rusa al capitalismo. La política internacional ya no se encuadra en la confrontación desde bloques políticos, sino que enfrenta a tres centros económicos con algunas diferencias políticas y culturales: Estados Unidos, la Unión Europea y Japón y su área de influencia en el sudeste asiático.

El orden internacional ha dejado ya de basarse en los estados para convertirse en un sistema complejo en el que, junto a los estados, aparecen importantes estructuras y organizaciones de diverso tipo como las fuerzas del mercado, instituciones de derecho internacional, ONG's, etc. La proliferación de organismos internacionales no emanados de la autoridad de los estados y la marcada tendencia a una disminución de la efectividad de los gobiernos individualmente considerados, está llevando a muchos ámbitos tradicionales de actuación del estado a necesitar de formas de colaboración internacional. Esto obliga a los estados a aumentar su nivel de integración política con otros estados en órganos e instituciones supraestatales provocando un extraordinario aumento de instituciones y organizaciones supranacionales.

El desencaje entre fútbol y nacionalismo.

La globalización ha puesto en evidencia la naturaleza artificial del estado, de modo tal que el actual sistema político asentado en la división entre estados se ha tornado causa de conflicto. Así las cosas, los estados pierden poder e influencia: ceden parcelas de control frente a actores surgidos con el proceso de globalización en aspectos relacionados con el medio ambiente, las migraciones, las tecnologías de la información y la comunicación, el terrorismo internacional o el crimen organizado.

En la última década, sin embargo, el estado-nación ha visto mermadas las lealtades políticas de la ciudadanía. La identidad colectiva nacional, con la que se llenaba de contenido el estado, es puesta en cuestión por el surgimiento y desafío de nuevas identidades subestatales, transestatales y supranacionales. Estas nuevas identidades, activadas y desarrolladas por el fenómeno de la globalización, generan una dinámica socio-cultural que debilita el encaje entre fútbol y nacionalismo.

El nacionalismo, socialmente objetivado, que alcanzó el proceso nacionalizador del estado-nación, ve erosionado el apoyo que hasta el más ignorante de los seres humanos le prestaba. Los procesos de globalización promueven una reconfiguración de las relaciones entre territorio e identidad que ahora se desplazan desde los patrones internacionales, dominantes hasta ahora (en el sentido de "entre naciones"), hacia formas que tienen un carácter más bien transnacional.

La globalización del fútbol no puede reducirse a su transnacionalización. Como muy acertadamente, indica Villena (2000): *"éste ha comenzado a separarse (institucionalmente) del campo político, articulación que hizo posible el uso nacionalista del fútbol, así como de la sociedad civil, para ceder su independencia a las leyes del mercado global. Como consecuencia, los valores humanistas particulares asociados a ese deporte, (inspirados en el olimpismo reciclado como fair play), ya devaluados por la lógica nacionalista que se le impuso durante mucho tiempo, ahora se subordinan a las leyes de la economía de mercado. Dicho en otros términos, el espectáculo futbolero es cada vez menos un ritual político o una performance comunitaria, y se convierte, por el contrario, en un producto de la industrial cultural a cuyo ávido consumo somos incitados sin tregua por las sirenas de los medios de comunicación"*

Finalmente, es necesario indicar que la pérdida de fuerza de la relación entre la cultura nacional y el fútbol no sólo tiene que ver con la dinámica de las identidades colectivas en la era de la globalización. Aunque son aspectos que dejamos para ulteriores desarrollos, tendríamos que reconocer otros elementos de desterritorialización del fútbol referidos a la extrema profesionalización del oficio de futbolista y a la desaparición de los "estilos nacionales" de juego².

Las transformaciones organizativas del fútbol ante la crisis del estado-nación.

Como hemos visto en un apartado anterior, uno de los rasgos más destacados y polémicos de la globalización es la erosión de la soberanía y los vínculos nacionales, a favor de modalidades de organización territorial distintas. Lo transnacional, lo supranacional y lo local ponen en cuestión, tanto la forma de asociacionismo como de competición, en la cual se basó la mundialización del fútbol. Este extremo puede apreciarse puede verse en la transnacionalización de los clubes, en la emergencia de ligas

² Proceso de profesionalización asociado a la constitución de un mercado mundial de futbolistas que les reclama eficacia en cualquier país y en combinación con futbolistas de los más variados países. El movimiento planetario de jugadores y técnicos difumina los estilos de juego nacionales. Cada vez es más dudosa la posibilidad de hablar de "fútbol nacional".

supranacionales y transnacionales, y en la aparición de nuevas selecciones nacionales o regionales, respectivamente.

La transnacionalización de los clubes.

Como ejemplo de la transnacionalización de los clubes, podemos considerar la creación de filiales y el establecimiento de alianzas transnacionales. Clubes como el F. C. Barcelona cuentan entre sus seguidores a aficionados de las más variadas nacionalidades, por lo que sus seguidores están dejando de ser nacionales para asumir un carácter supranacional.

La creación de la Copa Mundial de Clubes.

En cuanto a la emergencia de ligas supranacionales y transnacionales, la más clara expresión sería el campeonato mundial de clubes, cuya primera versión se jugó el año 2000 en Brasil.

La FIFA organizó el campeonato mundial de clubes en enero del año 2000 en las ciudades de Sao Paulo y Río de Janeiro. Desprovisto del carácter de los mundiales, en los que los encuentros se convierten en reforzadores de los lazos comunitarios nacionales, no logro grandes audiencias, pero constituyó un hito inigualable en la historia nacionalista del fútbol, ya que puede ser considerado como el primer campeonato mundial no internacional, que consagraba la separación institucional del nacionalismo político y el fútbol, en lo que cabría tildar como una entrega incondicional a la lógica de las leyes del mercado, encarnada en las sociedades deportivas, hoy en día, transnacionales³.

Nuevas selecciones nacionales en la vieja Europa.

Los recientes eventos geopolíticos han repercutido en la organización del fútbol. La implosión de los imperios multinacionales europeos en muchos estados ha tenido como efecto directo la multiplicación de equipos nacionales en Europa: los equipos soviéticos, yugoeslavos y checoslovacos han dejado de existir, y en su lugar nos encontramos, respectivamente, a quince, cinco y dos equipos nacionales.

Nuevas selecciones autonómicas en España.

Y en España, también como consecuencia de ese proceso de afirmación de las identidades subestatales, muy pegado también al desarrollo del estado de las autonomías consagrado por la Constitución de 1977, surgen las selecciones autonómicas de fútbol.

En estos momentos, en el fútbol español, ya hay diversas selecciones autonómicas: Cataluña, Andalucía, Comunidad Valenciana y País Vasco. Estas selecciones pueden disputar partidos amistosos contra clubes de todo el mundo, aunque no oficial, como ya pretendiera la selección autonómica del País Vasco. También lo intentó la selección catalana durante las olimpiadas de 1992. Las selecciones pueden disputar partidos amistosos contra selecciones nacionales o internacionales pero siempre con carácter extraoficial y sin interceder en los calendarios estipulados por UEFA o FIFA.

En el ámbito que nos es más cercano, el pasado diciembre de 2001, la selección valenciana de fútbol protagonizaba su primer encuentro internacional. Esta decisión de crear una selección autonómica de fútbol era muy bien vista por el principal partido nacionalista, que la saludaba como un signo de identidad y un paso simbólico para todos los valencianos. Desde esas instancias, se solicitaba que la selección valenciana pudiera participar en competiciones oficiales, como mundiales, campeonatos europeos o regionales y no sólo partidos amistosos.

Bibliografía.

- Anderson, B.: *Comunidades imaginadas*. FCE, México, 1996
- Boniface, P.: "Geopolítica del fútbol". En Seguro, S. (ed): *Fútbol y pasiones políticas*. Editorial Temas de debate. Madrid, 1999, pp. 89-96
- Eliás, N.: *El proceso de civilización*. Fondo de Cultura Económica. México, 1988
- Eliás, N. y E. Dunning: *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Fondo de Cultura Económica. México, 1986
- García Ferrando, M.; Lagardera, F. y N. Puig: "Cultura deportiva y socialización". En García Ferrando, M.; Puig, N y F. Lagardera: *Sociología del deporte*. Alianza Editorial. Madrid, 1998
- Hobsbawm, E. J.: *L'invent de la tradició*. Eumo. Vic, 1989
- Hobsbawm, E. J.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica. Barcelona, 1990
- Villena, S: *Globalización y fútbol posnacional* <http://www.riadelfutbol/asp>, 2000
- Sepúlveda, I.: *Historia del nacionalismo*. Santillana. Madrid, 1997

³ Aunque las selecciones nacionales europeas siguen teniendo notables cuotas de adhesión y audiencia en sus encuentros futbolísticos, algunas cosas están empezando a cambiar. En noviembre de 2001 los clubes europeos solicitaban indemnizaciones por ceder a sus jugadores para las selecciones nacionales de fútbol. El F.C. Barcelona estimaba que la cesión de sus cracks Rivaldo y Saviola para el mundial 2002 podría suponer una indemnización de 4,6 millones de dólares.

